

ARREPENTÌOS, PORQUE EL REINO DE LOS CIELOS SE HA ACERCADO - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 3,1-12

En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado", pues este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: "Voz del que clama en el desierto: "¡Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas!"".

Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y su comida era langostas y miel silvestre. Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: "¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?

Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: "A Abraham tenemos por padre", porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo.

Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará".

Los enviados de Dios en la historia para comunicar algo importante a la humanidad, en este caso, la llegada inminente de su reinado, nunca pertenecen a los círculos oficiales de poder político o religioso, sino que son gente sencilla que se presenta con actitud alternativa, como es el caso de Juan el Bautista, tal y como recuerda el evangelio de este segundo domingo de Adviento, tomado de Mateo.

Juan el Bautista se sitúa en el desierto. El desierto es un lugar de gran resonancia para la tradición religiosa de Israel, pues es en el desierto donde el pueblo vivió el camino a la libertad y experimentó la cercanía de Dios, su aliado. Es en el desierto donde se escucho ya la voz del profeta Isaías para preparar el camino del señor y allanar sus senderos, es decir para que el pueblo se prepare para algo muy bueno que Dios le tiene reservado.

Acoger la invitación del Bautista “el reino de los cielos ya esta llegando” tiene como premisa el cambio de mentalidad, esto es la conversión. La conversión en el evangelio no significa llevar una vida más religiosa, sino cambiar de mentalidad. Si hasta ahora he llevado una vida cómplice de la injusticia, una vida equivocada que no ha tratado nunca hacer el bien a los demás, la conversión significa cambiar a una actitud comprometida y generosa trabajando por la justicia y la paz de todos. La conversión concierne a la vida personal y a la actitud de cada uno, para poder construir la sociedad anunciada con la llegada del reino de Dios, una sociedad perfectamente humana.

Juan se presenta como un profeta, descrito por Mateo, vestido con piel de camello con una correa de cuero a la cintura, alimentándose de saltamontes y miel silvestre. La vestimenta de piel de camello era propia de los profetas, y la correa de cuero, característica de Elías, uno de los grandes profetas del pasado.

Mateo nos cuenta que Juan es un profeta en esta historia que está llegando a su culmen, dando inicio a la etapa ultima y definitiva: “el reinado de Dios”. Como profeta, anuncia en el nombre de Dios la llegada del reino y pide la colaboración de la gente mediante la conversión para allanar el camino.

La gente corre a Juan el Bautista, nos cuenta Mateo, venidos de Jerusalén, de la Judea, del vallon del Jordán. Atraídos por la invitación, ven que la sociedad no puede seguir adelante de esta manera, que las cosas tienen que cambiar y mejorar para todos. Por eso es necesario confesar los pecados, es decir, reconocer la parte en que uno contribuye a la injusticia.

Confesar los pecados significa reconocer que si la sociedad tiene situaciones contrarias al bien de los hombre y mujeres es por culpa de cada uno de sus componentes. Hay que cambiar la actitud para no ser cómplice de la injusticia; por eso son bautizados por Juan en el Jordán.

El bautismo era una inmersión en el agua para indicar que la persona que había llevado un vida desordenada quedaba sumergida en aquellas aguas, saliendo de las aguas una persona libre que podía orientar su vida de forma nueva.

No sólo la gente de Jerusalén de la Judea del vallon del Jordán corren a la proclamación del bautista sino que también muchos fariseos y saduceos acuden a este bautismo. Esto es muy curioso, pues estos serán los adversarios de Jesús, que no están dispuestos a que las cosas cambien, ya que los saduceos ostentaban el dinero y el poder, y los fariseos observaban la ley y se consideraban los maestros del pueblo, ejemplos de santidad a imitar. Estos acuden al Jordán por hacer algo que todos hacen, pero no es algo que sientan, por eso Juan los llama raza de víboras, descendientes de la antigua serpiente, del que es el agente del mal y la muerte que comunica la destrucción.

Por eso Juan, también los invita a cambiar de mentalidad. Pero si no dan los frutos dignos de la conversión, no tendrán ningún derecho, y el bautismo no comportará nada, ni para ellos mismos ni para los demás.

Juan usa palabras muy duras al decir que no hay que esconderse en las prerrogativas por pertenecer al pueblo judío que tiene a Abraham por padre, pues Dios puede hacer nacer “hijos de estas piedras”, es decir, que Dios de cualquier situación humana puede hacer que vengan respuestas positivas a su propuesta. No hay que pertenecer a un pueblo en especial, no hay que tener una tradición mejor a la de los demás. Lo que cuenta es la conversión. Esto es lo que para fariseos y saduceos es difícil de aceptar.

Pero Juan quiere sobre todo presentar la llegada de Jesús, diciendo que él bautiza con agua, pero quien viene detrás de él, que es más fuerte que él, al cual no merece desatarle la sandalia, bautiza en espíritu santo y fuego.

Este es el cometido de Jesús: la inmersión de las personas en algo que es amor auténtico: “espíritu” es la fuerza y “santo” separa de todo mal. Jesús sumerge a la persona en el amor del Padre.

No basta con que el hombre y la mujer se comprometan a cambiar su vida, que acepten este bautismo después de romper con la injusticia, sino que es necesario otro bautismo posterior más profundo, que es el que llevará a cabo Jesús infundiendo su espíritu, o sea, la misma capacidad de amor del Padre, a todos aquellos que den adhesión a su persona.

Juan añade también que este bautismo se hará con fuego. Jesús nunca se mostrará de esta manera. El fuego recuerda al castigo y la amenaza, aquello que puede infundir temor a la gente. Jesús llevará a cabo un bautismo con una comunicación siempre creciente de ese amor que no pone ninguna condición para darse, sin esperar siquiera que las personas se arrepientan para que pueda sentir las consecuencias de ese amor.

Juan tiene una imagen del Mesías que no corresponde a lo que Jesús representará con su vida. Juan habla de uno que tiene en la mano el hacha para cortar el árbol que no de el fruto o que lleva el bieldo para limpiar su era. Nada de esto hará Jesús.

Jesús presentará algo que atraiga por su calidad y seduzca por su riqueza sin atemorizar ni condicionar a nadie por la respuesta a la llegada del reino.

Juan es el hombre del pasado. Jesús es el hombre del presente que pertenece a la novedad del Padre, que ha querido darnos su reino, e inaugurar en medio de nosotros su presencia para que podamos llegar a establecer con Él una relación de total intimidad, de máxima comunión, y sobre todo, que esta presencia de Dios en nuestras vidas sea como una inmersión continua en un amor que nos transforma y nos hace capaces de crear y construir esta sociedad nueva.